

Sombra - Una parábola*

Por Edgar Allan Poe

... y aunque camine a través del valle de la sombra...

Salmos de David (22[23], 4)

Vosotros que leéis, estáis aún entre los vivos; pero yo, que escribo, ya habré transitado hace tiempo hacia la región de las sombras. Porque, ciertamente, sucederán extrañas cosas, y cosas secretas se sabrán, y pasarán muchos siglos antes de que éstas sean vistas por los hombres. Y cuando las hayan visto, se habrá de descreer algunas, y se habrá de dudar de otras, y sin embargo unos pocos encontrarán bastante para reflexionar en los caracteres que con un punzón grabo en estas tablillas.

Había sido un año terrorífico y de sentimientos más intensos que el terror, para los que no hay nombre sobre la tierra. Porque habían sucedido muchos prodigios y señales por doquier, sobre el mar y la tierra; las alas negras de la peste se habían desplegado ampliamente. Sin embargo, para los versados en los astros, no era desconocido que los cielos tenían un aspecto de enfermedad; y para mí —el griego Oinos—, entre otros hombres, era evidente que entonces había llegado la alternancia de ese año setecientos noventa y cuatro en que, en la entrada de Aries, el planeta Júpiter se conjuga con el anillo rojo del terrible Saturno. Si no me engaño demasiado, el peculiar espíritu de los cielos se ponía de manifiesto, no sólo en el orbe físico de la tierra, sino también en las almas, imaginaciones y reflexiones de la humanidad.

Cierta noche, nos encontrábamos un grupo de siete en un noble palacio, en una sombría ciudad llamada Ptolemais, en torno a unos frascos de vino rojo de Quíos. Nuestra habitación no tenía otra entrada que una alta puerta de bronce, y la puerta había sido decorada por el artesano Corinos, y ya que había sido fabricada conforme a una extraña hechura, la puerta se aseguraba desde adentro. Había, asimismo, negras cortinas en la triste habitación que ocultaban de nuestra vista la luna, las lúgubres estrellas y las calles desoladas— pero el presagio y el recuerdo del azote no se excluirían así de nuestra mirada. Cerca de nosotros y a nuestro alrededor, había cosas de las que no puedo dar clara cuenta— cosas materiales y espirituales; pesadez en la atmósfera; una sensación de asfixia, ansiedad, y, sobre todo, ese terrible estado de la existencia que experimentan las personas nerviosas cuando los sentidos están aguzadamente vivos y despiertos, mientras que las facultades del pensamiento yacen adormecidas. Un peso mortal se suspendía sobre nosotros. Se suspendía sobre nuestros miembros, sobre los muebles de la estancia, sobre las copas de las que bebíamos; y todas las cosas parecían oprimidas y postradas en este abandono, todas las cosas,

.....

* El presente texto es una traducción de “Shadow—A Parable” de Edgar Allan Poe. La versión original en inglés proviene de *The Complete Tales and Poems of Edgar Allan Poe*, Dorset Press, Nueva York, 1989, págs. 204–206 (Introducción y notas de Arthur Hobson Quinn; texto establecido, con notas bibliográficas, por Edward H. O’Neill). La traducción fue realizada por el profesor Carlos Eduardo Sanabria B., de la Facultad de Humanidades de la Universidad Jorge Tadeo Lozano.

menos las llamas de las siete lámparas que iluminaban nuestra juerga. Prolongándose en largas y delgadas líneas de luz, las llamas permanecían así ardiendo todas pálidas e inmóviles; y en el espejo que se formaba, por el destello de las llamas sobre la mesa redonda de ébano en la que estábamos sentados, cada uno de los que estábamos allí reunidos contemplaba la palidez de su propio rostro y el fulgor inquieto en los ojos sombríos de sus compañeros.

Sin embargo, reíamos y nos regocijábamos en nuestra manera propia— que era histórica; y cantábamos las canciones de Anacreonte— que son locura; y bebíamos en abundancia— aunque el vino púrpura nos recordara la sangre. Pues había aún un habitante más en nuestra habitación, en la persona del joven Zoilo. Muerto, y tendido a lo largo, amortajado; era el genio y el demonio de la escena. ¡Ay! No compartía nuestra diversión, aunque su rostro, desfigurado por la plaga, y sus ojos en los que la muerte, sólo a medias, había extinguido el fuego de la peste, parecía interesarse tanto en nuestra alegría como los muertos pueden regocijarse de la alegría de quienes están por morir. Pero aunque yo, Oinos, sintiese que los ojos del cadáver estaban sobre mí, aún me esforzaba en no percibir la amargura de su expresión y, agachando la mirada hacia las profundidades del espejo de ébano, cantaba con voz fuerte y sonora las canciones del hijo de Teios.

Pero poco a poco cesó mi canto, y sus ecos, redoblándose en la distancia por entre las negras cortinas de la habitación, se debilitaban, indistintos, hasta desvanecerse. Pero he aquí que, de entre aquellas negras cortinas hacia donde huían los rumores de las canciones, surgió una sombra negra e indeterminada— una sombra semejante a la que la luna proyecta, cuando se encuentra baja en el cielo, a partir de la figura de un hombre. Pero no era una sombra ni de hombre ni de Dios, ni la de ninguna cosa conocida. Y después de haber temblado por un rato entre las cortinas de la habitación, lentamente se detuvo completamente visible sobre la superficie de la puerta de bronce. Pero la sombra era vaga, informe e indeterminada, y no era una sombra ni de hombre ni de Dios— ni de un dios de Grecia, tampoco la de un dios de Caldea, ni la de un dios de Egipto. Y la sombra descansaba sobre la puerta broncea y bajo el arco del entablamento de la puerta, y no se movía, tampoco hablaba palabra alguna, sino que se hacía estática y se asentaba. Y la puerta en la que la sombra reposaba, si recuerdo correctamente, estaba junto a los pies del joven Zoilo amortajado. Pero nosotros, los siete allí reunidos, al ver la sombra que salía de entre las cortinas, no nos atrevíamos a contemplarla fijamente, sino que bajábamos nuestros ojos, y escrutábamos continuamente en las profundidades del espejo de ébano.

Y finalmente, yo, Oinos, diciendo algunas palabras en voz baja, le pregunté a la sombra por su morada y su nombre. Y la sombra contestó: “Soy SOMBRA, y mi morada está cerca de las catacumbas de Ptolemais, cerca de aquellas llanuras oscuras de Helusión que lindan con el canal impuro de Caronte”.

Y entonces los siete nos incorporamos de nuestros asientos, llenos de terror, y nos paramos temblorosos, estremecidos y horrorizados, porque los tonos en la voz de la sombra no eran los de un solo ser, sino los de una multitud de seres. Y los tonos, que cambiaban sus cadencias de sílaba a sílaba, resonaban confusos en nuestros oídos, en los acentos bien recordados y familiares de miles de amigos ya desaparecidos.